

## CAPITULO XXVIII.

### Contratiempos.



UNA inmensa alegría se apoderó de los tripulantes al ver que Colon, accediendo á sus ruegos, desistia de su propósito y se encaminaba de nuevo á aquellas regiones que encerraban en sus entrañas ricos tesoros, regiones cuya conquista era el único afán de los españoles.

El mismo dia en que salieron del puerto de Retrete, llegaron á Puerto Velo.

Pasaron allí la noche, y al dia siguiente continuaron la marcha.

Peró el viento varió, soplando por la proa.

Tres meses habia esperado el almirante aquel viento para avanzar hácia el soñado estrecho, y precisamente en el momento en que desistia de su propósito era cuando soplaba.

Creyeron los españoles que esto le haria renovar sus deseos, pero no fué así.

Aquella coincidencia le entristeció demasiado, y como era piadoso:

—No quiere Dios, se dijo, que yo pase adelante.

La alegría volvió de nuevo el ánimo de los españoles, y aguardaron con calma á que cambiase el viento para proseguir el rumbo hácia Veragoa.

Antes de conseguir su deseo tenian que vencer muchas dificultades.

Las embarcaciones se vieron precisadas á volver á Puerto Velo, y precisamente en el momento en que llegaban al puerto, una ráfaga impetuosa les arrojó á alta mar.

La tempestad se desencadenó furiosa sobre sus cabezas.

Nueve dias estuvieron á merced de los vientos, recorriendo mares desconocidos, y en un peligro que aumentaba el mal estado de las embarcaciones.

Colon al escribir á los reyes lo que habia sucedido:

—"El mar, les decia, hervia á veces como una inmensa caldera.

"Otras levantaba sobre nuestros barcos montañas sinietras, cubiertas por la espuma.

"Por la noche las agitadas aguas parecian llamas, por efecto de los átomos luminosos que cubren la superficie de los mares."

Durante veinticuatro horas el sol y el mar se aparecieron á los ojos de los viajeros como una inmensa hoguera, de cuyo seno brotaban sin cesar flamígeros relámpagos.

Separadas las carabelas unas de otras, creian los marineros al escuchar el estampido de los truenos que sus compañeros, próximos á zozobrar, pedian auxilio disparando cañonazos.

Al mismo tiempo una copiosa lluvia caia á torrentes sobre las embarcaciones y las llenaban de tal modo que no bastaban todas las fuerzas de los marineros para arrojar el agua, habiendo instantes en que se creian próximos á ahogarse.

Los más timoratos veian en lo que les pasaba el castigo de su codicia.

De pronto vieron arremolinarse el agua, y levantarse como una inmensa pirámide.

Era una manga de agua, que los tripulantes vieron horrorizados avanzar hácia ellos.



Creiendo segura su destruccion, postrándose de hinojos sobre cubierta, oyeron recitar á los misioneros el Evangelio de san Juan en medio de una profunda emocion, en una consternacion inmensa.

La manga pasó cerca de las embarcaciones sin tocarlas.

Los marineros todos prorumpieron en gritos de alegría, dando gracias á Dios y atribuyendo el milagro á la eficacia de los pasajes de la sagrada Escritura.

A la tempestad siguió la calma, y durante dos dias pudieron reponerse los tripulantes de las fatigas que habian padecido.

Sin embargo, el temor volvió á apoderarse de su espíritu.

Vieron en torno de las carabelas un gran número de tiburones, que les rodeaban sin cesar.

Esto era un signo de mal agüero.

—Nuestra ruina es segura, decian todos, estos mónstruos huelen los cuerpos muertos, y tienen el presentimiento de su presa. Cuando se sitúan alrededor de las embarcaciones, es porque hay enfermos á bordo, ó porque los viajeros están á punto de naufragar.

No habia quien les disuadiese de que la tormenta volveria de nuevo y de que entónces perecerian.

No se realizó, sin embargo, su presentimiento, y al fin pudieron saltar en un puerto que parecia un canal, en donde disfrutaron de algunos dias de descanso.

Al fin y al cabo el dia de la Natividad del Señor llegaron á un rio, á más de dos leguas del de Veragoa, que los indígenas llamaban rio Tebra.

Colon le bautizó con el nombre de rio de Belen.

Cerca de él habia una poblacion, y una vez ya en la provincia de Veragoa, anclaron los buques, resueltos sus tripulantes á explorar el país.

Un mes habian tardado en su viaje desde Puerto Velo á Veragoa, distante uno de otro unas treinta leguas.

En este tiempo habian sufrido tantos desastres, que para recordarlos dió á aquel paso de la costa el nombre de Costa de los Contratiempos.

Pero ya habian llegado á la realizacion de sus esperanzas, ya estaban en las márgenes de aquel país que encerraba tanto oro, y olvidando el peligro pasado, como sucede siempre, se despertó en el alma de todos la codicia, y no tenian más que un deseo: el de conquistar aquella rica comarca.

Esta fué la última etapa de la vida del inmortal Colon.

Las mismas desventuras que habian pesado sobre la Isabela, debian pesar sobre aquel rico país, uno de los más felices de los que se levantaban en medio del Océano.

Vamos á conocerlas; vamos á ver sus costumbres, su organizacion, su vida; vamos á bosquejar la figura de su rey y los infortunios que sobre él y su raza cayeron á la llegada de los españoles.



## CAPITULO XXIX.

### Quibiam, rey de Veragoa.



El soberano de Veragoa se llamaba Quibiam.

Sus dominios se extendían desde las orillas del río Tebra hasta las del Urira.

Varias razas le rendían tributo.

Los doraces, los guníes, los urigayas, los juríes, los curigaes y los indios de Pariari y de la inmensa laguna de Chiriquiri, eran sus tributarios.

Dominaba también las costas de Nicaragua, y los habitantes de las islas de la Jamáica, de Bonquen, de Guanahani, de Cubanacan y de Guayarina le acataban y temían.

Los naturales de aquel país tan extenso, aunque de diversas tribus y regidos por caciques especiales, reconocían como soberano legítimo á Quibiam.

Las huellas de la civilización se veían en sus ciudades más ostensiblemente que en las de las otras islas que hasta entonces habían visitado los españoles.

Eran además comerciantes, y cambiaban con los moradores de las islas del archipiélago las telas de algodón bordadas de oro y estampadas con vivos colores, y los animales que crecían en sus montañas por los productos de aquellos.

Como en todos los pueblos primitivos, la agricultura y la guerra eran las ocupaciones de los vasallos de Quibiam, y éste había llegado al puesto que ocupaba encumbrado por el

prestigio que su talento en la paz y su valor en la guerra le habían conquistado.

Era, en efecto, astuto, diestro hábil, inteligente, y al mismo tiempo valeroso, arrojado, audaz, terrible.

A él debían los indios el arte de fundir el cobre y de pulimentar el oro.

Sin más guía que su conocimiento de las estrellas, conducía las embarcaciones, anunciaba las tormentas y evitaba los peligros del mar.

Poseía la ciencia de curar las enfermedades por medio de yerbas, mariscos y conjuros.

Su padre Mayarima, rey también de Veragoa, había cifrado en él todo su amor, todo su orgullo, toda su gloria, y los primeros años del joven príncipe habían trascendido para él sin que una nube oscureciera el horizonte de su vida.

Y sin embargo, rodeado de todos los placeres, de todas las felicidades de la tierra, protegido por la veneración y el afecto que inspiraba á su patria, halagado por las esperanzas que ofrecía á sus vasallos, el niño fué hombre ántes que joven.

En vez de mecerse en los brazos de la ilusión, en vez de acercar á sus labios la dorada copa del placer y de abrir su corazón á los sentimientos amorosos, fué desde su primera edad uno de los más valerosos guerreros de su patria.

Hállabase esta en guerra con algunas tribus, y Quibiam, como si presintiera el porvenir que le estaba reservado, no quiso más juguete que la flecha y el arco.

Con estas armas, al lado de los más valientes guerreros, se familiarizaba con el peligro, se ejercitaba en la guerra y desarrollaba las cualidades que más tarde habían de adquirirle el prestigio de que gozaba.

Mayarima murió, dejando á su hijo en los albores de la juventud.



Una terrible escena, que constituía una costumbre de aquel pueblo, y de los de la mayor parte de los que formaban aquellas comarcas, presenció el joven rey.

Elegido por aclamación para suceder á su padre, levantó su trono, como aquel lo había hecho ántes, sobre un sacrificio que horroriza.

Era costumbre cuando moría un soberano matar á su esposa y enterrarla con él.

Al mismo tiempo se buscaban cien caciques de los más afectos á la persona del monarca, y al lado suyo eran también enterrados.

Los cien caciques más amigos de Mayarima bajaron al sepulcro, y sobre sus tumbas empezó su reinado el joven Quibiam.

La bárbara costumbre que acababa de citarse tenía su origen en la veneración de aquellos pueblos hacia sus reyes, á quienes suponían descender del cielo ó de la luna.

Creían en la inmortalidad, y con el fin de que el monarca tuviese al lado suyo á las personas más predilectas de su corazón, para que le prestasen toda clase de servicios, consumaban aquella hecatombe, á la que se sometían gustosos los que en vida habían gozado del favor del monarca.

En las comarcas de Darien, de Nicaragua y Veragoa, no solo se enterraba cerca del rey á los caciques, sino que se ponían en su tumba los muebles de su casa, sus trajes, las armas que había esgrimido y provisiones bastantes para que no le faltase nada.

La preocupación llegaba á tal extremo, que casi siempre se arrojaba al mar á unos cuantos caciques y vasallos del rey para que por si acaso decidía viajar por mar, encontrase servidores dispuestos á auxiliarle.

Dice un poeta que ha consagrado páginas brillantes á bos-

quejar la simpática figura de Quibiam, (P) que aquel sublime fanatismo deja entrever la abnegación de aquellos pueblos, que reconocían un Dios, otra vida y una resurrección más ó menos original, pero con todos los caracteres de las ideas más santas.

Sobre la losa que cubría los despojos de Mayarima fué aclamado rey su hijo, y con arreglo al rito, permaneció cuarenta días y cuarenta noches llorando sobre aquella tumba.

Irayba, descendiente de las tribus de los naitingas, llegó hasta donde estaba Quibiam en una ligera canoa, suavemente empujada por la corriente del río Tebra.

Era hija de los reyes de Darien, é iba á ofrecer al príncipe una corona de flores.

Desde aquel momento compartió con él la hamaca real, y fué la madre de sus hijos.

Pero ni sus caricias, ni sus consuelos bastaban á alejar la profunda tristeza que se había apoderado del corazón de Quibiam.

Todo lo tétrico, todo lo horrible, constituían el goce de aquel mozo, que ántes de ceñir á sus sienes la corona de las ilusiones, había tenido que ceñir la pesada diadema de un pueblo indómito.

Su melancolía aumentaba, y abandonaba muy á menudo su tosco palacio y la compañía de Irayba, para subir á las sierras, contemplar las tormentas, respirar el aliento de los volcanes y adormecerse bajo la sombra de los bosques; para despertarse con el rugido salvaje del jaguar, y bañar su mirada en los inflamados ojos de las fieras.

Quejábanse los indios de las invasiones que de cuando en cuando sufrían de los caribes.

Buscando alivio á sus pesares, abandonaba Quibiam su territorio, y con los más valientes guerreros, en ligeras canoas



iba á atacar á los caribes á sus propias islas, luchaba con ellos, los destruía, los llevaba prisioneros á sus Estados, y allí los descuartizaba.

Pero sus triunfos solo inspiraban una amarga sonrisa á sus labios.

Un dia, no pudiendo sufrir la honda tristeza que devoraba su alma, partió en una canoa siguiendo la costa de Nicaragua.

Cien caciques en otras tantas le siguieron.

Empujado por la corriente, llegó á Ornofay.

No bien las tribus de aquella venturosa comarca, descubrieron las coloradas plumas que adornaban su frente, subieron á las crestas de las montañas y con ellos su cacique Caimara. (Q)

Caimara era jefe de las tribus de Guamuhaya, de Hanamanaya y de Guamaroce, tribus dóciles y pacíficas, que vivían felices protegidas por su generosidad y sus costumbres.

Nada más puro ni más bello que el espíritu que animaba á los vasallos de Caimara.

Profesaban el principio de que nadie tenía el derecho de derramar la sangre de sus semejantes, teniendo todos, por el contrario, el deber de ayudar á los desgraciados.

Apénas descubrieron estas hospitalarias gentes á Quibiam y á sus caciques, los saludaron con las mayores muestras de alegría.

Una hermana de Quibiam era la esposa de Caimara.

Saliendo al encuentro del rey de Veragoa, le tendió los brazos, le llevó con sus caciques á la ciudad, le hospedó en su palacio y le dijo:

— Bien venido seas, mis tribus guardarán tu corona, mi hermana Lianata herirá las cuerdas de la maricuba cantando á su compás con melodioso acento los arcitos sagrados para alejar la pena de tu corazón.

Lianata, más bella que todas las demas indias, se presentó á cumplir las órdenes de su hermano.

Esta jóven era hija del cacique de Guaniguanico, de aquel venerable anciano que en el primer viaje de Colon á la Jamaica se le apareció pronunciando palabras que no podía olvidar el almirante, porque condensaban la moral más pura del corazón humano.

Llegó la noche, y las vírgenes alfombraron con palmas el camino que debía recorrer Quibiam para llegar hasta su lecho, y cubrieron la hamaca de flores olorosas.

Otras le presentaron el hibero con el licor de ananas ó maguey.

Para alejar el calor que le sofocaba, agitaron las indias los abanicos de pluma.

Las vírgenes cantaron de nuevo los arcitos, y á su compás cerró Quibiam los ojos, entregándose á un delicioso sueño.

Al despertar al dia siguiente, lo primero que vieron sus ojos fué el rostro encantador de Lianata.

Su inocente mirada ofreció á Quibiam tesoros de felicidad. ¡Pobre Irayba.

En aquel momento habia perdido todo el amor de su esposo.

La hija del cacique de Guaniguanico habia despertado en el corazón de Quibiam los deseos que hasta entónces no habia sentido en su pecho.

¡Irayba, que hasta entónces habia constituido la suma de felicidad para su esposo, se hallaba expuesta á ser víctima de la volubilidad de Quibiam!

Lianata era su ídolo.



## CAPITULO XXX.

## Arcanos del destino.



QUIBIAM estaba regenerado.

La negra melancolía que se había apoderado de su espíritu, había desaparecido por completo de su alma.

Los oscuros horizontes que formaban los límites de su vida, se habían tornado en risueños paisajes, iluminados por sonrosada luz.

Parecía despertarse de un sueño profundo y admirar por la primera vez de su vida la belleza de cuanto le rodeaba.

El cielo, el aire, las campiñas, las verdes crestas de las montañas, los límpidos arroyos que serpenteaban por las llanuras, el murmullo del torrente que se desprendía á lo léjos entre brillantes rocas, el canto de las pájaros, todo parecía nuevo á Quibiam, todo le sorprendía, todo le embelesaba, y es que por la primera vez de su vida había sentido el amor en su pecho.

Antes que el amor que nos inspira la mujer cuyos ojos nos brindan la felicidad, había saboreado el rey de Veragoa los goces de la tierra, y despues de los triunfos, aunque había unido su corazón al de Irayba, aunque había experimentado la dulce satisfacción de deberle dos hijos, aun no había gustado su alma las delicias de la pasión.

La tristeza que experimentaba era hija de un deseo que no

podía explicarse, de un vago afán que nada calmaba, de una sed devoradora que no podía apagar más que un solo manantial: el del amor.

Una sola mirada de Lianata había bastado para iluminar con un rayo vivificante las tinieblas de su espíritu.

Los negros y melancólicos ojos de la india, las trenzas de su cabello de ébano, el color de perla de su cútis, en una palabra, los seductores hechizos de Lianata, habían acercado á sus labios la copa del placer, y dueño de ella, seguro de que podría apurarla, quería saborear aquella dicha que le embriagaba.

Una mirada de fuego hizo bajar los ojos á la casta jóven.

—Ven, Lianata, dijo Quibiam; ven, vida de mi vida, tú no debes separarte de mí. Cuando te veo, todo me sonríe. La sola idea de tu ausencia me llena de pesar.

Ven, luz de mis ojos, flor que concentra en su cáliz el aroma de todas las flores, que ostenta en sus ojos las chispas de brillantez, los rayos del sol, la tibia claridad de la luna, no te apartes de mí. Que yo escuche tu voz, que respire el perfume de tus cabellos, que me embriague con tus dulces miradas.

Lianata experimentaba una emoción desconocida.

Su corazón latía con violencia.

Cada latido aumentaba el fuego en la sangre que circulaba por sus venas.

Pero este dolor brindó á su alma un goce parecido al del éxtasis.

Quibiam imprimió un beso en la frente de la hermosa india.

Lianata se escapó de entre sus manos como una gacela.

En esto llegaron los caciques á saludar á su soberano.

La alegría que brillaba en su rostro se comunicó á su corazón.



—¡Benditas sean las playas de Ornofay! exclamó el gran butio, sacerdote del tzimes tutelav del rey de Veragoa.

¡Benditas sean las gallardas palmeras, que parecen recoger las plegarias de los hombres para elevarlas al cielo!

¡Bendito el melancólico sinsonte, que desde las frondosas copas de los árboles entona con su arpada lengua cánticos de alabanza al Hacedor de todo lo criado.

¡Bendita, en fin, Lianata, que con su dulce mirada, su acento celestial y sobrenatural hermosura, ha devuelto la alegría á su poderoso é infortunado rey!

Quibiam acogió aquella leal manifestacion con las mayores muestras de regocijo, y durante el dia todo fué fiestas en el palacio del gran cacique de Ornofay.

Trascurrieron algunos dias, los mas dichosos que habia pasado en su vida Quibiam.

Lianata correspondia á su amor.

Nadie podia arrebatarse la felicidad.

Los caciques, ébrios de gozo, rendian culto á su tzimes, en accion de gracias por haber alejado la melancolía del alma de Quibiam.

Un dia llamó Caimara el viejo, padre de Caimara el cacique, al rey de Veragoa.

La tristeza que éste habia abandonado, parecia haber ido á refugiarse en el corazon del respetable anciano.

Su aspecto conmovió á Quibiam.

—Te asombra mi tristeza, le dijo.

—Sí por cierto, repuso Quibiam. ¿No eres el padre feliz de Caimara y de Lianata? ¿No adoran tus antiguos vasallos tus hijos? ¿No les inspiras tu veneracion y respeto?

—Es verdad; pero estas felicidades no bastan para aliviar el tormento que sufro desde que he descubierto un secreto terrible que voy á confiarte.

—¿Tan espantoso es?

—Sí, espantoso; tú lo has dicho. Apenas rasgué el velo que lo cubria, la desesperacion se apoderó de mi alma y abandoné mi trono, y lo dejé á mi hijo para poder ocultarme en el seno de las montañas, y no arrebatarse á mis hijos, á mis vasallos, con la revelacion, la ventura de que gozan.

—Habla, hermano, habla, dijo Quibiam con ansiedad.

—Treinta lunas han pasado desde que ví por la primera vez acercarse á la costa de Ornofay unas grandes canoas, mucho mayores que las nuestras y de distinta forma, y al divisarlas desde léjos no me asombré, porque sé que tú eres rey de la tierra, y pensé que luchando con algunos enemigos te habrias apoderado de las embarcaciones al someterlos á tu voluntad.

Subí á la más elevada montaña de mi territorio, y desde allí observé. Al poco tiempo ví arrojar desde los barcos al mar otras canoas mucho más pequeñas, bajar á los hombres que las tripulaban y dirigirse á la playa.

Aquellos hombres eran más blancos que la flor del coco, robustos como cedros, duros como rocas. Iban cubiertos con trajes relucientes, y llevaban armas que nunca habia visto. Horrorizados los habitantes de la costa, corrieron á refugiarse en las montañas.

Aquellos hombres eran dueños del rayo y del trueno.

Yo tambien me oculté entre las rocas; pero los extranjeros llegaron á la orilla y no hicieron daño alguno á los vasallos míos que no pudieron escaparse. Bajo los árboles que crecian en la orilla levantaron un altar, é tincando la rodilla en tierra y elevando las manos al cielo, permanecieron largo tiempo rindiendo culto á su Dios. Yo me informé de lo que hacian, y más tranquilo, me dije:

«Tienen un Dios, no hay que temer; vayamos á su encuen-



tro, porque todos los que aman á Dios son nuestros hermanos.»

—¿Y te acercaste á ellos? preguntó Quibiam con ansiedad.

—Sí, me acerqué con algunos de mis caciques, y saludando al jefe de los extranjeros, le dije:

«Salud y paz; grande debe ser tu poder, toda vez que al llegar á mis Estados has inundado de terror á todos sus moradores. Para que sepas quiénes somos y aceptes nuestra amistad, te confiaré nuestras creencias para que te sirvan de guía y obres de acuerdo con nosotros.»

Caimara repitió á Quibiam las palabras que, como recordarán nuestros lectores, pronunció en presencia de Colón, asombrándose éste por la moral que contenían.

—¿Y qué te respondió el cacique de los extranjeros? preguntó Quibiam.

—Estrechó mi mano y anunció que venía á mis Estados en nombre de sus reyes, poderosos señores de la tierra, los cuales deseaban conocer nuestras comarcas, siendo nuestros amigos y enviándonos sus guerreros para librarnos de los caribes.

Al escucharle, prosiguió Caimara, experimenté una inmensa alegría, y les brindé mi amistad y les ofrecí todo cuanto tenía.

Si no me hubiera detenido Lianata, hubiera ido con ellos á visitar á sus reyes.

Se separaron de mí, volvieron á sus grandes barcos, se apartaron de la costa, y yo, deseando saber qué influencia ejercerían en mi vida aquellos hombres, en medio del silencio de la noche bajé á la caverna de mi tzimes tutelar, é imploré su gracia para que recorriera á mis ojos el velo del porvenir.

Quibiam escuchaba con creciente interés la relación de Caimara.

—Apénas toqué con mis manos la piedra sagrada en don-

de reposaba el tzimes, prosiguió, oí una voz lastimosa, que repitió tres veces esta terrible frase:

«Tu tribu será pasada á degüello por la espada de esos extranjeros que han bendecido á su Dios en la tierra de tus antepasados.

«Prepárate á morir en medio de horribles tormentos, y no olvides que el ídolo de tu corazón, que tu hermosa Lianata, perecerá en las ondas que bañan la orilla de Ornofay.»

Quibiam no pudo ménos de exhalar un profundo gemido.

En aquel momento resonó una voz.

—Padre, padre, dijo Lianata, entrando en la caverna en donde conversaban el autor de sus días y Quibiam.

Caimara hizo á Quibiam una señal para que ocultase á su hija lo que acababa de oír, para que dominase la emoción de que se hallaba poseído.

Pero aquella señal fué inútil.

Como siempre, la presencia de la jóven india había devuelto la alegría al corazón del rey de Veragoa.